RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Ianni, Octavio

Metáforas de la globalización

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Ianni, O. (1995). Metáforas de la globalización. Revista de ciencias sociales, (2), 9-19. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1361

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad
Nacional
de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Metáforas de la globalización*

Octavio Ianni**

El descubrimiento de que el mundo *se tornó* mundo, de que el globo *no* es tan sólo una figura astronómica, de que la tierra es el territorio en el cual todos se encuentran relacionados y dependientes, diferenciados y antagónicos, ese descubrimiento sorprende, encanta y atemoriza. Se trata de una ruptura drástica en los modos de ser, sentir, actuar, pensar y fabular. Un evento *heurístico* de amplias proporciones, que destruye no sólo convicciones, sino también visiones del mundo.

Ocurre que el mundo no es más exclusivamente una colección de naciones, sociedades nacionales, estados-naciones, en sus relaciones de interdependencia, colonialismo, imperialismo, bilateralismo, multilateralismo. Simultáneamente, el centro del mundo no es más principalmente el individuo, tomado singularmente y colectivamente, como pueblo, clase, grupo, minoría, mayoría, opinión pública. Aunque la nación y el individuo continúen siendo muy reales, incuestionables y presentes todo el tiempo, en todo lugar, poblando la reflexión *y la imagi*nación, aun *así ya no* son "hegemónicos". Fueron subsumidos formal o realmente por la sociedad global, por las configuraciones y movimientos de la globalización. El mundo se mundializó, de tal manera que el globo dejó de ser una figura astronómica para adquirir más plenamente su significación histórica.

De ahí nacen la sorpresa, el encantamiento y el susto. De ahí la impresión de que se rompieron modos de ser, sentir, actuar, pensar y fabular. Algo parecido a las rupturas epistemológicas representadas por el descubrimiento de que la tierra no es más el centro del universo de

* Artículo publicado en la revista *Idéias*. Instituto de Filosofia e Ciências Humanas (IFICH). Universidade Estadual de Campinas (UNICAMP). Campinas, 1 (1), pp. 7-21, enero-junio de 1994. (Traducción de Marcelo Fabián Sain y Ernesto López.)

** Departamento de Sociologia del IFICH/UNICAMP.

acuerdo con Copérnico, el hombre no es más hijo de Dios según Darwin, el individuo es un laberinto poblado de inconsciente de acuerdo con Freud.[1] Es claro que el descubrimiento de la sociedad global, que el pensamiento científico está realizando hacia finales del siglo XX, no representa las mismas características de los descubrimientos mencionados. Esto porque son diversas y antiguas las instituciones e indicaciones más o menos notables de la globalización. Desde que el capitalismo se desarrolló en Europa, presentó siempre connotaciones internacionales, multinacionales, transnacionales, mundiales, desenvueltas en el interior de la acumulación originaria, el mercantilismo, el colonialismo, el imperialismo, la dependencia, la interdependencia. Y eso es evidente en el pensamiento de Adam Smith, David Ricardo, Herbert Spencer, Karl Marx, Max Weber y muchos otros. Pero es innegable que el descubrimiento de que el globo terráqueo no es tan sólo una figura astronómica, sino histórica, destruye modos de ser, pensar, fabular.

En ese clima, la reflexión y la imaginación no sólo caminan juntas sino que multiplican metáforas, imágenes, figuras, parábolas y alegorías destinadas a dar cuenta de lo que está aconteciendo, de las realidades no codificadas, de las sorpresas imaginadas. Las metáforas florecen cuando los modos de ser, actuar, pensar y fabular más o menos sedimentados parecen destruidos. Es claro que hablar en metáforas puede envolver no sólo imágenes y figuras, signos y símbolos, sino también parábolas y alegorías. Son múltiples las posibilidades abiertas al imaginario científico, filosófico y artístico cuando se corren las cortinas de los horizontes de la globalización en el mundo, envolviendo cosas, gentes e ideas, interrogantes y respuestas, explicaciones e intuiciones y previsiones, nostalgias y utopías.

La problemática de la globalización, en sus implicaciones empíricas y metodológicas, o históricas y teóricas, puede ser colocada de modo innovador, propiamente heurístico, si aceptamos reflexionar sobre algunas metáforas producidas precisamente por la introspección y la imaginación desafiadas por la globalización. En la época de la globalización, el mundo comenzó a ser taquigrafiado como aldea global, fábrica global, tierra patria, nave espacial, nueva babel y otras expresiones. Son metáforas razonablemente originales, que suscitan significados e implicaciones. Pueblan textos científicos, filosóficos y artísticos.

[1] Sigmund Freud, *Obras Completas*, 3 tomos, traducción de Luis López Ballesteros y de Torres, Madrid, Editora Biblioteca Nueva, 1981, t. III, cap. CI: "Una dificultad del Psicoanálisis."

> Llama la atención en esos textos la profusión de metáforas utilizadas para describir las transformaciones de este final de siglo: "primera revolución mundial" (Alexander King), "tercera ola" (Alvin Toffler), "sociedad informática" (Adam Schaff), "sociedad amébica" (Kenichi Ohlamae), "aldea *global*" (McLuhan). Se habla del pasaje de una *economía* de "high volume" hacia otra de "high value" (*Robert* Reich), y de la existencia de un universo habi*tado* por "objetos móviles" (Jacques Attali) que se desplazan incesantemente de un lugar a otro del planeta. ¿Por qué esta recurrencia en el uso de metáforas? Ellas revelan una realidad emergente aunque huidiza al horizonte de las ciencias sociales.[2]

Hay metáforas que, *como* expresiones descriptivas e interpretativas *fundamentales*, circulan combinadamente por bibliografías sobre la globalización: economía-mundo, sistema-mundo, shopping center global, disneylandia global, nueva división internacional del trabajo, moneda global, ciudad global, capitalismo global, mundo sin fronteras, tecnocosmo, planeta tierra, desterritorialización, miniaturización, hegemonía global, fin de la geografía, fin de la historia y otras. En parte, cada una de esas formulaciones y otras abren problemas específicos también relevantes. Suscitan ángulos diversos de análisis, que priorizan aspectos sociales, económicos, políticos, geográficos, históricos, geopolíticos, demográficos, culturales, religiosos, lingüísticos *y* otros. Pero es posible reconocer que varios *de* esos aspectos son contemplados por metá*foras* como aldea global, fábrica global, ciudad global, nave espacial, nueva babel y otras. Son emblemáticas, formuladas precisamente en el clima mental abierto por la globalización. Dicen respecto a las distintas posibilidades de prosecución de conquistas y dilemas de la modernidad. Contemplan la controversia entre *modernidad* y posmodernidad, revelando cómo es *que* principalmente a partir de los horizontes *de la* modernidad se puede imaginar las posibilidades y los impases de la posmodernidad en el nuevo mapa del mundo.

La aldea global sugiere que, al final, se formó la comunidad mundial, concretizada a partir de las realizaciones y las posibilidades de comunicación, información y fabulación abiertas *por la* electrónica. Sugiere que está en curso *una* armonización y una homogeneización progresivas. Se basa en la convicción de que la organización, el funcionamiento y el cambio de la vida social, en sentido amplio, comprendiendo evidentemente la globalización, son ocasionados por la téc-

[2] Renato Ortiz, "Cultura e *Sociedade*: Global", inédito, San Pablo, 1993, p. 2.

nica y, en este caso, por la electrónica. En poco tiempo, las provincias, naciones y regiones, tanto como las culturas y civilizaciones, son atravesadas y articuladas por los sistemas de información, comunicación y fabulación agilizados por la electrónica.

En la aldea global, además de las mercaderías convencionales, bajo formas antiguas y actuales, se empaquetan y se venden las informaciones. Se fabrican informaciones como mercaderías. Son fabricadas y comercializadas en escala mundial. Las informaciones, los entretenimientos y las ideas son producidas, comercializadas y consumidas como mercaderías.

> Hoy pasamos de la producción de artículos empaquetados al empaquetamiento de informaciones. Antiguamente invadíamos culturas enteras con paquetes de informaciones, entretenimientos e ideas. En vista de la instantaneidad de los nuevos medios de imagen y de sonido, hasta el periódico es lento.[3]

La metáfora se torna más auténtica y viva cuando se reconoce que ella prácticamente prescinde de palabras, tornando predominante la imagen como forma de comunicación y fabulación. La electrónica propicia no sólo la fabricación de imágenes, del mundo como un calcidoscopio de imágenes, sino que también permite jugar con las palabras como imágenes. La máquina impresora es sustituida por el aparato de televisión y otras tecnologías electrónicas, tales como el DDD, el teléfono celular, el fax, la computadora, la red de computadoras, todos atravesando fronteras, siempre *on line everywhere worlwide all time.*

> En el próximo siglo, la tierra tendrá su conciencia colectiva suspendida sobre la faz del planeta, en una densa sinfonía electrónica, en la cual todas las naciones –si aún existieran como entidades separadas– vivirán en una tela de sinestesia espontánea, adquiriendo penosamente la conciencia de los triunfos y mutilaciones de unos y otros. Después de ese conocimiento, se disculpan. Ya que la era electrónica es total y abarcativa, la guerra atómica en la aldea global no puede ser limitada.[4]

[3] Marshall McLuhan, "A Imagem, o Som e a Fúria", en Bernard Rosenberg y David Manning White (comps.), *Cultura de Massa*, San Pablo, Editora Cultrix, 1973, pp. 564-565 (traducción de Octavio Mendes Cajado).

[4] Marshall McLuhan y Bruce R. Powers, *The Global Village*, Nueva York, Oxford University Press, 1989, p. 65.

Es en ese sentido que la aldea *global* envuelve la idea de comunidad mundial, mundo *sin* fronteras, shopping center global, disneylandia universal. "En todos los lugares, todo cada vez más se parece con todo, a medida que la estructura de preferencias del mundo es presionada hacia un punto común homogeneizado".[5]

La fábrica global sugiere una transformación cuantitativa y cualitativa del capitalismo, más allá de todas las fronteras, que subsume formal o realmente todas las otras formas de organización social y técnica del trabajo, de la producción y reproducción ampliada del capital. Toda economía nacional, sea cual fuere, se torna provincia de la economía global. El modo capitalista de producción entra en una época propiamente global, y no apenas internacional o multinacional. Así, el mercado, las fuerzas productivas, la nueva división internacional del trabajo, la reproducción ampliada del capital, se desarrollan en escala mundial. Una globalización que, progresiva y contradictoriamente, subsume real o formalmente otras y diversas formas de organización de las fuerzas productivas, envolviendo la producción material y espiritual.

Ya "es evidente que los países en desarrollo están ahora ofreciendo espacios para la lucrativa manufacturación de productos industriales destinados al mercado mundial, en escala creciente".[6] Esto se debe a varios factores, entre los cuales se destacan los siguientes:

> Primero, un reservorio de mano-de-obra prácticamente inagotable se tornó disponible en los países en desarrollo en los últimos siglos[...] Segundo, la división y subdivisión del proceso productivo están ahora tan avanzadas que la mayoría de estas operaciones fragmentadas puede ser realizada con un mínimo de calificación profesional adquirida en poco tiempo[...] Tercero, el desarrollo de las técnicas de transporte y comunicaciones crean la posibilidad, en muchos casos, de la producción completa o parcial de mercaderías en cualquier lugar del mundo; una posibilidad no más influida por factores técnico-organizacionales o de costos.[7]

[5] Theodore Levitt, *A Imaginação de Marketing*, San Pablo, Editora Atlas, 1991, p. 43 (traducción de Auriphebo Berrance Simões).

[6] Folker Frobel, Jürgen Heinrichs y Otto Kreye, *The New International Division of Labour (Structural Unemployment in Industrialised Countries and Industrialisation in Developing Countries)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980, p. 13 (traducción de Pete Burgess).

[7] Folker Frobel, Jürgen Heinrichs y Otto Kreye, *The New International Division of Labour*, cit., p. 13. Cf. también Joseph Grunwald y Kenneth Flamm, *The Global Factory*, Washington, The Brookings Institution, 1985.

La fábrica global se instala más allá de toda y de cualquier frontera, articulando capital, tecnología, fuerza de trabajo, división del trabajo social y otras fuerzas productivas. Acompañada por la publicidad, la prensa escrita y electrónica, la industria cultural, mixturada en periódicos, revistas, libros, programas de radio, emisiones de televisión, video-clips, fax, redes de computadoras y otros medios de comunicación, información y fabulación, disuelve fronteras, agiliza los mercados, generaliza el consumismo. Provoca la desterritorialización y la reterritorialización de las cosas, gentes e ideas. Promueve el redimensionamiento de espacios y tiempos.

Luego se ve que la fábrica global es tanto metáfora como realidad. Poco a poco, su dimensión real se impone al emblema, a la poética. Lo que se impone, con fuerza avasalladora, es la realidad de la fábrica de la sociedad global, altamente determinada por las exigencias de la reproducción ampliada de capital. En el ámbito de la globalización, se revelan a veces transparentes e inexorables los procesos de concentración y centralización del capital, articulando empresas y mercados, fuerzas productivas y centros decisorios, alianzas estratégicas y planeamientos de corporaciones, tejiendo provincias, naciones y continentes, islas y archipiélagos, mares y océanos.

La nave espacial sugiere el viaje y la travesía, el lugar y la duración, el conocimiento y lo incógnito, lo destinado y lo desviado, la aventura y la desventura. La magia de la nave espacial viene junto con el destino desconocido. El deslumbramiento de la travesía trae consigo la tensión de lo que puede ser imposible. Los habitantes de la nave pueden ser llevados a una sucesión de perplejidades, reconociendo la imposibilidad de develar el devenir.

> Organizar una entidad que abarca el planeta no es una empresa insignificante... Proponer una asamblea que representase a todos los hombres sería como fijar el número exacto de los arquetipos platónicos, enigma que ha ocupado durante siglos la perplejidad de los pensadores.[8]

La metáfora de la nave espacial puede muy bien ser el emblema de cómo la modernidad se desarrolla en el siglo XX, preanunciando el XXI. Lleva consigo la dimensión pesimista embutida en la utopía-nostalgia escondida en la modernidad. Puede ser el producto más acabado, por

[8] Jorge Luis Borges, *El Libro de Arena*, Madrid, Alianza Editorial, 1981, pp. 26-27, cita de "El Congreso".

lo tanto, de la razón iluminista. Después de sus desarrollos más *notables*, a través de los *siglos XIX* y XX, la razón iluminista parece haber alcanzado su momento negativo extremo: se niega de modo radical, nihilista, anulando toda y cualquier utopía-nostalgia. Y esto alcanza el paroxismo en la disolución del individuo como sujeto de la razón y la historia.

> La crisis de la razón se manifiesta en la crisis del individuo, por medio de la cual se desarrolló. La ilusión sustentada por la filosofía tradicional sobre el individuo y sobre la razón –la ilusión de su eternidad– se está disipando. El individuo otrora concebía la razón como un instrumento del *yo, exclusivamente*. Hoy, él *experimenta el* reverso de esa autodeificación. La máquina expelió al maquinista; está corriendo ciegamente por el espacio. En el momento de la consumación, la razón se tornó irracional y embrutecida. El tema de este tiempo es la autopreservación, aunque no exista más un yo a ser preservado.[9]

Ahí está una connotación sorprendente de la modernidad, en la época de la globalización: la declinación del individuo. El mismo, singular y colectivamente, produce y reproduce las condiciones materiales y espirituales de su subordinación y eventual disolución. La misma *fábrica* de la sociedad global, *en que se* inserta y que ayuda a crear y recrear continuamente, se torna el escenario en que desaparece.

Ocurre que la tecnificación de las relaciones sociales, en todos los niveles, se universaliza. En la misma proporción en que se da el desarrollo extensivo e intensivo del capitalismo en el mundo, *se generaliza* la racionalidad *formal* y real inherente al modo de operación del mercado, empresa, aparato estatal, capital, administración de las cosas, gentes e ideas, todo eso codificado en los principios del derecho. Se juntan ahí el derecho y la contabilidad, la lógica formal y la calculabilidad, la racionalidad y la productividad, de tal manera *que en* todos los grupos *sociales* e instituciones, en todas las acciones y relaciones sociales, tienden a predominar los fines y los valores constituidos en el ámbito del mercado, de la sociedad vista como un vasto y complejo espacio de intercambios. Ese es el reino de la racionalidad instrumental, en que también el individuo se revela adjetivo, *subalterno*.

[9] Max Horkheimer, *Eclipse da Razão*, Rio de Janeiro, Editorial Labor do Brasil, 1976, p. 139 (traducción de Sebastião Uchoa Leite).

> La razón universal supuestamente absoluta se rebajó a mera racionalidad funcional, al servicio del proceso de valorización del dinero, que no tiene sujeto, hasta la actual capitulación incondicional de las llamadas "ciencias del espíritu". El universalismo abstracto de la razón occidental se reveló como mero reflejo de la abstracción real objetiva del dinero.[10]

En la metáfora de la nave espacial se esconde la de la torre de Babel. La nave puede ser babélica. Un espacio caótico, tan bélico que los individuos singular y colectivamente tienen dificultad para comprender que se hallan extraviados, en declinación, amenazados, o sujetos a la disolución.

> En el inicio todo estaba en un orden razonable en la construcción de la torre de Babel; tal vez el orden fuese hasta excesivo, se pensaba por de más en señalización, intérpretes, alojamientos de trabajadores y vías de comunicación, como si enfrente hubiese siglos de libres posibilidades de trabajo... Lo esencial de todo el emprendimiento es la idea de construir una torre que alcance el cielo. Al lado de ella todo lo demás es secundario. Una vez aprehendida en su grandeza esa idea no puede ya desaparecer; en cuanto existiesen hombres, existirá también el fuerte deseo de construir la torre hasta el fin... Cada nacionalidad quería tener el alojamiento más bonito, resultando de ahí disputas que evolucionaron hasta luchas sangrientas. Esas luchas no cesaron más... Las personas, sin embargo, no ocupaban el tiempo sólo con batallas, en los intervalos se embellecía la ciudad, lo que, entretanto, provocaba nueva envidia y nuevas luchas... A eso se sumó que la segunda o tercera generación reconoció el sin sentido de la construcción de la torre del cielo, pero ya estaban todos muy ligados entre sí para que abandonasen la ciudad.[11]

La Babel escondida en el emblema de la nave espacial puede revelar aún más nítidamente lo que hay de trágico en el modo por el cual se da la globalización. A esta altura de la historia, paradójicamente, todos se entienden. Hay hasta una lengua común, universal, que permite un mínimo de comunicación entre todos. A despecho de las diversidades civilizatorias, culturales, religiosas, lingüísticas, históricas, filosóficas, científicas, artísticas y otras, el inglés ha sido adoptado como la vulgata de la globalización. En los cuatro rincones del mundo, ese idioma es-

[10] Robert Kurz, *O Colapso de Modernização*, San Pablo, Editora Paz e Terra, 1992, p. 239 (traducción de Karen Elsabe Barbosa).
[11] Franz Kafka, "O Brasão da Cidade", *Folha de São Paulo, caderno Mais!*, 3 de enero de 1993, p. 5 (traducción de Modesto Carone).

tá en el mercado, y la mercadería en imprenta, y la electrónica en la práctica, y el pensamiento, en la nostalgia y la utopía. Es el idioma del mercado universal, del intelectual cosmopolita, de la epistemología escondida en la computadora, del Prometeo electrónico. "El inglés ha sido promovido con éxito y ha sido ávidamente adoptado en el mercado lingüístico global. El inglés se impone a todas las lenguas con las cuales entra en contacto".[12]

De repente, en esa nave espacial, una especie de babel-teatro-mundi, se instala un *pathos* sorprendente y fascinante. Arrastra a unos y otros en una travesía sin fin, con destino incierto, arriesgada a seguir por el infinito. Algo inexorable y atemorizador parece haber resultado del empeño del individuo, singular y colectivo, para emanciparse. La razón parece incapaz de redimir, después de tanta promesa. Más que eso, el castigo se revela mayor que el pecado. La utopía de la emancipación individual y colectiva, nacional y mundial, parece estar siendo castigada con la globalización tecnotrónica, instrumental, mercantil, consumista. La misma razón que realiza el desencantamiento del mundo, con el objeto de emanciparlo, aliena más o menos inexorablemente a todo el mundo.

Vistas así, como emblemas de la globalización, las metáforas desenmascaran trazos fundamentales de las configuraciones y movimientos de la sociedad global. Son facetas de un objeto calcidoscópico, que delinean fisonomías y movimientos de lo real, emblemas de la sociedad global desafiando la reflexión y la imaginación.

La metáfora está siempre en el pensamiento científico. No es tan sólo un artificio poético, sino una forma de sorprender lo imponderable, fugaz, recóndito o esencial, escondido en la opacidad de lo real. La metáfora combina reflexión e imaginación. Desenmascara lo real de manera poética, mágica. Aunque no revele todo, y esto puede ser imposible, siempre pone de manifiesto algo fundamental. Toma una connotación insospechada, un secreto, lo esencial, el aura. Tanto es así que ayuda a comprender y explicar, al mismo tiempo que a captar, lo que hay de dramático y épico en la realidad, desafiando la reflexión y la imaginación. En ciertos casos, la metáfora desenmascara el *pathos* escondido en los movimientos de la historia.

[12] Robert Phillipson, *Linguistic Imperialism*, Oxford, Oxford University Press, 1992, p. 7. Cf. también Claude Truchot, *L'Anglais dans le Monde Contemporain*, Paris, Le Robert, 1990.

Tal vez se pueda decir que las metáforas producidas en los horizontes de la globalización entran en diálogo unas con las otras, múltiples, plurales, polifónicas. Una desafía y enriquece a otra, dando nuevos significados a todas. Es también así que la sociedad global adquiere fisonomía y significados. Desde una realidad compleja, problemática y caótica, se desencuentran los sentidos, se desenmascaran las transparencias.

De metáfora en metáfora se llega a la fantasía, que ayuda a reencantar el mundo, produciendo la utopía. Además de lo que tiene de propio, de intrínseco, de significado y significante, la utopía reencanta lo real problemático, lo difícil, lo caótico. Pero la utopía no es ni transcripción inmediata ni negación inmediata de lo real problemático. Exorciza lo caótico por la sublimación. Pero sublimación de lo que ya se halla sublimado en la cultura, en lo imaginario, en la polifonía de las metáforas que pueblan las aflicciones y las ilusiones de unos y otros.

Ese es el horizonte en que se forman y conforman las utopías que florecen en el ámbito de la sociedad global, de manera de comprenderla y exorcizarla. Pueden ser cibernéticas, sistémicas, electrónicas, pragmáticas, prosaicas o tecnotrónicas. También pueden ser románticas, nostálgicas, desencantadas, nihilistas o iluministas.

Hace tiempo que la reflexión y la imaginación se sienten desafiadas a taquigrafiar lo que podría ser la globalización del mundo. Esa es una búsqueda antigua, iniciada hace mucho tiempo, que continúa en el presente, siguiendo en el futuro. No termina nunca. Son muchas las expresiones que denotan esa búsqueda permanente, reiterada y obsesiva, en diferentes épocas, en distintos lugares, en diversos lenguajes: civilizados y bárbaros, nativos y extranjeros, Babel y humanidad, paganismo y cristiandad, Occidente y Oriente, capitalismo y socialismo, occidentalización del mundo, 1ro., 2do., 3ro. y 4to. mundos, norte y sur, mundo sin fronteras, capitalismo mundial, socialismo mundial, tierra-patria, planeta tierra, ecosistema planetario, fin de la geografía, fin de la historia.

Son emblemas de alegorías de todo el mundo. Señalan ideas, horizontes, posibilidades, ilusiones, utopías, nostalgias. Expresan inquietudes sobre el presente e ilusiones sobre el futuro, comprendiendo muchas veces el pasado. La utopía puede ser la imaginación del futuro, así como la nostalgia puede ser la imaginación del pasado. En todos los casos, está contenida la protesta frente al presente, o el extrañamiento de cara a la realidad.

En general, la utopía y la nostalgia florecen en las épocas en que se

acentúan los ritmos de las transformaciones sociales, cuando se multiplican los desencuentros entre las más diversas esferas de la vida sociocultural, tanto como de las condiciones económicas y políticas. Son épocas en que los desencuentros entre lo contemporáneo y lo no-contemporáneo se acentúan, se profundizan. Ese es el contexto en que la reflexión y la imaginación se juegan en la construcción de utopías y nostalgias.

Pero unas y otras no se apagan súbitamente. Al contrario, permanecen en el imaginario de unos y otros. Se transforman en puntos de referencias, marcas en el mapa histórico y geográfico del mundo. Inclusive, se pueden recrear con nuevos elementos engendrados por las configuraciones y movimientos de la sociedad global.

Ese es el horizonte en que las más diversas utopías y nostalgias se constituyen como una red de articulaciones que tejen la historia y la geografía del mapa del mundo. Atlántida no es un lugar en la geografía ni un momento de la historia, sino una alegoría de la imaginación. Ella se mantiene escondida en la red de utopías y nostalgias que pueblan el mundo. Cambió de nombre, adquirió otras connotaciones, se transfiguró. Pero continúa siendo un emblema excepcional del pensamiento y de la fabulación. Babel tampoco es un lugar en la geografía ni un momento de la historia. Fluctúa por el tiempo y el espacio, a la suerte de la imaginación de unos y otros, poblando las inquietudes de muchos. Frente a los desencuentros que atraviesan el tiempo y el espacio, cuando se acentúan las no-contemporaneidades, cuando de repente todo se precipita, destruyendo marcos de referencias, transformando las bases sociales e imaginarias de unos y otros, disolviendo visiones del mundo, en esa época hasta la misma alegoría babélica permite la ilusión de un mínimo de articulación. ◆